

*Carpeta
José Figueres*

LA CRISIS DOMINICANA

por José Figueres

Texto del discurso que el ex-Presidente Figueres pronunció por radio y televisión en San José, Costa Rica, el 27 de Mayo de 1965.

Confusión y Pasión.

En la República Dominicana han ocurrido hechos que revelan la situación del mundo actual, y en especial la situación de América Latina. Esos hechos nos interesan a todos, no sólo como americanos sino como ciudadanos de nuestros respectivos países. Cualquier país de América se puede ver cualquier día en una situación semejante, guardadas las diferencias.

Hay opiniones contradictorias sobre lo que ha pasado en Santo Domingo. Hay confusión. Hay pasión. Deberá transcurrir algún tiempo para que los acontecimientos se puedan analizar con propiedad.

Cuienes hemos estado en el torbellino viendo las cosas desde adentro, tal vez podemos explicar por qué se tomaron algunas decisiones de gran responsabilidad sobre la marcha, sin que pretendamos que el punto de vista de los participantes sea más esclarecido que el de los observadores.

Tres meses antes de los sucesos, en febrero de 1965, el ex-Presidente dominicano don Juan Bosch me dijo en una carta: "La situación dominicana da miedo. En el mejor momento económico de Estados Unidos, mi pobre país, que está en su órbita, vive una crisis que se acerca a la revolución a pasos de jet. Estamos al borde de la explosión".

El drama comenzó 35 años atrás. Ahora ha venido el desenlace. La dictadura enfermiza de Trujillo hizo lo posible por decapitar a todo ciudadano de inquietud política que mostrase honestidad o capacidad. Las ideas del bien, para sobrevivir, tuvieron que sepultarse bajo tierra durante ese interminable invierno, o volar al exterior en las mentes de los luchadores exiliados.

En un continente donde no abunda la aptitud política, donde cada cual es rey y casi nadie acepta disciplina ni coordinación, qué orden podía esperarse en la sufrida República Dominicana al desaparecer Trujillo? No ha prevalecido el caos desde el primer día porque el alma de los pueblos es buena y su capacidad de resuperación es infinita.

Esos fenómenos políticos saltan a la vista y se aprecian fácilmente. Las gentes los comentan. En cambio hay otros fenómenos más ocultos, más profundos, que no salen a la superficie, y que pocas veces se analizan: los fenómenos económicos.

Miseria y Tempestad

Hoy en la mayor parte de América Latina es la economía la que maneja la política. Mientras se hacen esfuerzos tardíos por imponer un planeamiento de Estado a los mecanismos de producción y consumo, la miseria acumulada durante muchos años no espera más, y crea tensiones y quita y pone gobiernos. El carro empuja a los caballos cuesta abajo.

En el pequeño mundo de la República Dominicana esa situación es más definida y más fácil de observar. Los Trujillo y sus secuaces sacaron centenares de millones de dólares al exterior, y gastaron otros en palacios. El ahorro nacional que debió invertirse en fábricas y en fincas se dispó. Como no hubo revolución a la muerte de Trujillo, sus seguidores pudieron continuar el saqueo a pesar de los esfuerzos de gobernantes honestos.

Sobre el cuerpo anémico de la economía dominicana cayeron luego las plagas que azotan a la América Latina: el precio mundial del azúcar es de 2 centavos la libra, cuando se necesitan 6 centavos para desarrollar una región azucarera. El precio del cacao es de 15 centavos cuando se necesitan 45 para que una comarca surja por sus medios propios. Aquí lo vemos en la provincia de Limón. El precio del café es de 35 centavos, cuando el precio de desarrollo es de 60 centavos.

Como consecuencia, el día en que estalló la presente revolución, había en la República Dominicana medio millón de trabajadores sin empleo.

Hay que imaginarse la tragedia de un padre de familia que pasa un mes y tres meses y un año y más sin encontrar trabajo. Al principio busca crédito. Después roba. Cuando ya no encuentra ni frutos del campo que robar, y cuando se junta con otros y otros padres de hijos hambrientos, y cuando la tragedia familiar se multiplica por medio millón en un país de sólo tres y medio millones de habitantes, los elementos de la tempestad están completos.

Mientras un hombre de sensibilidad como Bosch escribe "estamos al borde de la explosión", la prensa internacional informa sobre cambios y nuevos cambios de gabinete; que un coronel depuso a otro y que se instaló una nueva junta de gobierno. En mayo de 1965 estalló el volcán en la República Dominicana, y los periódicos informaron simplemente que había humo.

Un amigo mío, funcionario técnico de las Naciones Unidas, oyó pronunciar estas palabras: "Gracias a Dios que mi hijo ha muerto; ya no pasará más hambre". El mismo día los generales y los contrabandistas del viejo trujillato anunciaron solemnemente que había estallado una revuelta comunista. Y el mundo absorbió la noticia.

La verdad es que cuando millares de hombres y mujeres exasperados lograron ponerle mano a un rifle para disparar en las calles de Santo Domingo, entre ellos había comunistas; había protestantes; había católicos; había reformadores; había reaccionarios; pero predominaban los demócratas, y sobre todo los necesitados.

Había gentes de ojos pardos, o de pelo castaño, o de piel morena o blanca. Pero todos llevaban una finalidad común: disparar, disparar un rifle. Disparar contra qué? Disparar contra Trujillo, simbólicamente, porque la revolución no se había realizado todavía. Pero también disparar contra el hombre. Tal vez especialmente disparar contra el hambre. Disparar en la esperanza de morir. Cuántos miles de rebeldes veían en la muerte su única esperanza"

La Maquinaria

Durante los meses anteriores a la crisis, el gobierno del Presidente Donald Reid, con ayuda técnica internacional, luchaba por mantener a flote un barco gravemente averiado, con remiendos y con estudios económicos. Aquel pobre país está inundado de estudios económicos, y de miseria.

Talvez ni el gobierno ni los expertos extranjeros midieron nunca la profundidad del mar, ni la fuerza de la tormenta que se acercaba. Mientras el hambre cundía, los técnicos exigían medidas para nivelar la balanza de pagos, para balancear el presupuesto fiscal, para sanear la moneda. Hubo que reducir sueldos, y despedir empleados. Sálvese la moneda y muérase la gente! Hay organismos internacionales que son tan eficaces como los militares latinoamericanos para tumbar gobiernos.

No había mala situación para los militares de la era trujillista, ni para ciertos hombres de negocios, nacionales y extranjeros. El contrabando semilegalizado mediante privilegios aduanales seguía tan campante. Trujillo murió dejando su maquinaria intacta. A falta de revolución ningún gobierno posterior pudo romper los ligámenes de la corrupción y de la infamia.

Los militares y los mercaderes tenían todo arreglado para reelegir a Donald Reid Cabral, a quien consideraban con o sin justicia, inofensivo. Talvez cualquier otro hombre sería también inofensivo en aquellas circunstancias.

El contrabando, las posibles concesiones extranjeras, la exportación del azúcar, todo marchaba bien, todo era lucrativo. Y por otra parte aquel pueblo había aguantado tanto, que "nadie" podía creer que la tormenta llegaría. La revuelta popular los tomó por sorpresa. Parece mentira. Los tomó por sorpresa.

Entonces empezó a trabajar otra maquinaria vieja, que no se sabe hasta qué punto estaba intacta todavía: la maquinaria llamada de relaciones públicas internacionales, en la cual Trujillo gastaba un millón de dólares anuales en Estados Unidos. Maquinaria de publicidad. Maquinaria de influencias. Maquinaria de sobornos. Qué podía decir ahora ese enorme altoparlante? Pues muy sencillo; lo que está de moda; lo que es fácil de creer; lo que cubre todo mal; que había estallado en Santo Domingo la revuelta comunista.

Contrabando y Anticomunismo

En la atmósfera de la Guerra Fría tenemos en América Latina dos calamidades; sería difícil decir cuál es el peor: el comunismo internacional, y el anticomunismo profesional.

Pudiera no ser necesario hablar más de los problemas que nos crea el movimiento comunista. Ya he hablado y hecho bastante en este campo. En las filas comunistas militan desde los idealistas hasta los desadaptados. Entre sus males está el convertir a nuestros pobres países en campo de batalla de la guerra de las potencias.

Sin embargo, conviene señalar el fenómeno que se dice contrario, el anticomunismo, porque ambos agravan nuestras dificultades. El anti-comunismo incluye gentes que han encontrado la manera de ganarse la vida buscando comunistas hasta en los armarios y bajo las camas. Peor aún, se han aliado en muchas partes con los militares militaristas y con los militares contrabandistas. Bajo el paraguas del anti-comunismo ha tomado fuerza en varios países ese fenómeno: el contrabando militarizado.

Igual que el comunismo, el contrabando militarizado es internacional. De país a país vuelan las naves de whiskey, la seda y las drogas, bajo la protección de las espadas, usando los campos de aterrizaje del anti-comunismo organizado.

Es oportuno advertir a los hombres de negocios que creen protegerse financiando movimientos anti-comunistas, y a las agencias gubernamentales que de buena fe los auspician, que están creando otros problemas tan graves como el comunismo, porque esos movimientos combinan varios vicios viejos, arraigados en nuestra América, como la corrupción, la aventura y el militarismo.

Muchos demócratas honestos han participado en este tipo de movimientos anticomunistas, sin darse cuenta de las telarañas en que se enredaban.

Sin embargo conviene mirar estas situaciones con calma, como productos del clima de Guerra Fría en que vivimos. Si nos dedicamos los unos a fulminar comunistas internacionales, y los otros a fulminar contrabandistas militarizados, no quedará tiempo ni energías para atender el problema de fondo, que es el desarrollo económico, con la justa distribución del ingreso nacional e internacional.

La Intervención

En la crisis dominicana un aspecto de importancia mayor es la intervención armada de Estados Unidos. Esta es la primera vez que Estados Unidos interviene militarmente en un país nuestro, desde que se firmó el tratado de Montevideo en 1933. El recuerdo de intervenciones anteriores es desagradable para todos los americanos, del Norte y del Sur. En ningún país lograron los infantes de Marina, comúnmente llamados "merinos", crear un régimen de ley, ni un sistema

democrático, ni una sociedad avanzada. Somoza y Trujillo fueron producto de los marinos.

Ante la intervención de ahora, la opinión pública se ha dividido en todo el mundo occidental: en América Latina, en los propios Estados Unidos y en Europa. Unos opinan que toda intervención es mala, y otros opinan que hubiera sido peor permitir que se estableciera un régimen como el de Cuba, si es que se podía establecer.

Para los dominicanos la intervención se produjo en el momento en que la revolución iba a triunfar. Para los norteamericanos eso fué pura coincidencia; la intervención comenzó cuando se creyó que había familias norteamericanas sin protección, y se agrandó cuando pareció posible, talvez hasta probable, que los dirigentes comunistas tomaran la jefatura del movimiento popular.

Consultas

Al día siguiente del primer desembarco de marinos, fuimos llamados a Washington en consulta, en forma no oficial, el ex Presidente Rómulo Betancourt, el ex-Gobernador Luis Muñoz Marín, y yo. Nos constituimos allí en comité informal de estudio de la situación, y de asesoramiento y tuvimos toda oportunidad de estar en contacto con la Organización de Estados Americanos, con el Gobierno de Estados Unidos y con el ex-Presidente Juan Bosch y las fuerzas rebeldes que operaban bajo su dirección en Santo Domingo.

Nos fijamos dos objetivos fundamentales; el bienestar del pueblo dominicano, que vive una agonía, y el resurgimiento del sistema jurídico interamericano con su máxima institución, la OEA, resquebrajados por la acción unilateral de Estados Unidos.

Comprendimos que para alcanzar esos objetivos nada se gana, ante los hechos consumados, con censurar la intervención, ni tampoco con aprobarla. Hicimos un esfuerzo por entender el punto de vista de Estados Unidos en circunstancias tan difíciles. Creo que ese punto de vista es el siguiente:

Hubo un momento en que estuvieron en peligro centenares de norteamericanos, tanto ciudadanos privados como funcionarios de gobierno. Los militares dominicanos manifestaron que no podían garantizar sus vidas. El Presidente Johnson nos mostró un cable en que su embajador pedía protección.

No existía una fuerza internacional capaz de moverse rápidamente. En tales circunstancias, ningún gobierno, y menos el de una gran potencia, puede abstenerse de entrar en acción. Creo que este aspecto, el de la protección inmediata a ciudadanos amenazados, es aceptado por muchos de los críticos de la intervención.

Luego pareció, a juicio de observadores norteamericanos, que los dirigentes comunistas podían tomar el liderato de la revuelta popular. Conviene...

recordar que ya entonces el mundo estaba inundado de noticias, probablemente difundidas por la maquinaria de relaciones públicas del trujillato, en las cuales se llamaba comunistas a los rebeldes, y se llamaba "leales" a los trujillistas.

Temer a otra Cuba

La opinión pública norteamericana, en el estado emocional de la Guerra Fría, demanda acción en esos casos. Los norteamericanos ven detrás del movimiento comunista internacional a las potencias militares de Rusia y China. Tienen presente el engaño de la revolución cubana, que comenzó por establecer un gobierno de hombres demócratas, y por negar la intención de trasladarse gradualmente al campo comunista. Tienen presente la crisis de octubre de 1962, cuando bases atómicas soviéticas a medio instalar en Cuba pusieron en peligro la paz de América y del mundo.

Es indudable que los comunistas están presentes en toda refriega; que son los mejor adiestrados; y que no son muy desganados cuando se presenta la oportunidad de echarle mano al poder en cualquier parte. En eso están.

Sean cuales fueren, para una potencia como Estados Unidos, las verdaderas consecuencias militares de otra base comunista en una pequeña isla del Caribe, lo cierto es que las consecuencias psicológicas y políticas serían desastrosas. En la realidad de los hechos, y por encima de toda consideración jurídica, un gobierno de Estados Unidos que permitiera hoy el establecimiento de un régimen rusófilo o chinófilo en América, especialmente en el Caribe, probablemente se caería. Podría darse el caso de que la opinión pública exaltada obligara al Congreso a destituir al Presidente de Estados Unidos.

Se alega que no estuvo probado en ningún momento que los comunistas tuviesen oportunidad de tomar el poder en Santo Domingo. Es más, los demócratas como Bosch, y como la mayoría de los dominicanos, se indignan ante tal idea. Pero en los momentos decisivos de la historia, las cosas no son lo que son sino lo que la gente cree que son. Así como los dominicanos creen que Estados Unidos intervino para aplastar la revolución, y costaría convencerlos de lo contrario, los norteamericanos creen que se produjo un riesgo momentáneo demasiado grave para vacilaciones, y hasta para consultas formales a la Organización de Estados Americanos; y que en tales circunstancias la seguridad nacional y la tranquilidad psicológica de los ciudadanos estén por encima de todo, aún por encima del derecho internacional.

Repito: ese es el punto de vista de Estados Unidos. Yo no hago otra cosa que someterlo al conocimiento de quienes, por razones atendibles, desapruaban la invasión.

Dos Desaciertos

Examinando la actitud de Estados Unidos en aspectos relativamente secundarios de la crisis dominicana, puede decirse que hubo errores y aciertos.

Es fácil juzgar mirando hacia atrás. Si las cosas pudieran hacerse dos veces, si la historia fuera como el drama, donde cada acto se ensaya varias veces, todos seríamos mejores actores. Pero en la vida las decisiones se toman a menudo sobre la marcha. Los gobiernos tienen que actuar, no siempre con suficiente oportunidad de pensar. Casi nunca se enfrentan a un solo problema, sino a varios simultáneos. El uno roba tiempo y atención al otro, e influye en el estado de ánimo de quien decide. Lo más que se puede esperar es una alta proporción de aciertos.

Quizás hubo dos errores norteamericanos: el uno fue absorber información inicial inexacta, influida por los mercaderes de la política que tienen acceso a las agencias noticiosas y a varios otros círculos; y el otro, cuando ya se trataba de buscar remedios, fue creer que el General Imbert es un héroe popular que podía ser instrumento para la unificación y la paz.

Durante las horas de angustia en que todos tratábamos de orientarnos en la ciudad de Washington mientras los muertos caían en las calles de Santo Domingo, pronto aclaramos dos cosas, gracias en parte a la colaboración de periodistas norteamericanos que recorrían la Isla y enviaban informes: la revuelta era democrática, aunque hubiese en ella comunistas; y el General Imbert es malquerido, aunque participara en la muerte de Trujillo. Se le asocia, con o sin razón, a los crímenes y la corrupción del trujillismo.

Los Aciertos

He hablado también de aciertos norteamericanos. Y es porque los hombres de aquel gobierno, a medida que se aclaraba el panorama, no tenían inconveniente en rectificar criterio; a veces mostraban en eso una actitud más propia de hombres de ciencia que de dirigentes políticos.

En momentos dramáticos un alto funcionario dijo: "Somos demasiado grandes para empeñarnos en no dar nuestro brazo a torcer (lo que se llama en inglés salvar cara); cualquier propuesta formal de ustedes, los mediadores, y especialmente de la OEA, tiene de antemano la aprobación del gobierno de Estados Unidos".

Creo no ser indiscreto si cuento que el propio Presidente Johnson, abrumado por la responsabilidad, exclamó: "Nada me satisfaría más que un plan que me permitiera retirar esta misma noche todos mis muchachos de la República Dominicana".

Cuando se le consultó al Presidente si estaría de acuerdo con la proposición de Betancourt, de poner fuerza militar internacional de la OEA bajo el mando de un oficial latinoamericano, contestó inmediatamente: "Con mucho gusto."

Muños Marín, que siempre mira al futuro, se preocupaba en plena crisis por el perfeccionamiento del sistema electoral dominicano, a pesar de que la única elección libre realizada allí, en la cual salió electo Juan Bosch fue una nota de civismo. El Presidente Johnson dijo: Ojalá que de esta crisis surja algo ejemplar".

Cuando yo manifesté mi parecer de que no habrá tranquilidad en la Dominicana mientras no haya empleo para la mayoría de sus trabajadores, y sugerí un costoso plan de emergencia realizado con fondos de guerra, al margen de los programas de desarrollo de largo plazo, recibí oferta de ayuda inmediata del Presidente Johnson y de sus altos colaboradores.

Ni Comunismo ni Trujillismo

Ha de considerarse un elogio y no un cargo al Gobierno de Estados Unidos, el mencionar su cambio de actitud en tres semanas de confusión y de tragedia. Comenzó pareciendo apoyar a las fuerzas que el pueblo dominicano asocia con el trujillismo; y terminó cooperando efectivamente en el establecimiento de un gobierno popular. Sólo los ríos y los necios no se devuelven. Es de fuertes rectificar.

El ex-Presidente (y Presidente legal) Juan Bosch, que ha sido el héroe espiritual de la epopeya, en conversaciones de dos días conmigo en San Juan de Puerto Rico, y luego en negociaciones telefónicas de dos semanas, terminó haciendo la siguiente proposición sucinta: gobierno constitucional, sin comunismo y sin trujillismo. La Casa Blanca, ya por este tiempo, coincidió en los objetivos.

Gobierno constitucional, que ha sido el grito de guerra del pueblo, quiere decir la terminación del período por que fué electo Bosch, hasta el fin de 1966, bajo un presidente nombrado por el Congreso. Don Juan no quiere volver ahora a la presidencia para demostrar que lucha sin interés personal. Pero ha mantenido contacto continuo con los rebeldes. Desde su casa me comunicaba yo fácilmente con el Coronel Caamaño.

Gobierno sin comunismo quiere decir una fórmula que dé garantías militares y psicológicas a la opinión pública norteamericana de que no surgirá en la isla otro Fidel.

Gobierno sin trujillismo quiere decir un régimen que dé garantías militares y psicológicas al pueblo dominicano y a la opinión pública latinoamericana de que tampoco surgirá otro Trujillo.

He procurado analizar la actitud de Estados Unidos en esta crisis tal como la presencié, con más deseo de hacer justicia que de complacer a uno u otro sector de la opinión pública de América.

Dejo sin contestar la pregunta fundamental, que ni siquiera la contestaré la historia porque emana de un cuadro de circunstancias momentáneas imposibles de reconstruir: evitó la intervención militar otra Cuba? Los revolucionarios dominicanos contestan indignadamente que no. Muchos observadores foráneos contestan teóricamente que sí.

Derechos Humanos

En la OEA, ante las protestas de los países latinoamericanos por la intervención, el Embajador de Costa Rica, Lic. Gonzalo Facio, al epovarios, sostuvo sin embargo la tesis de que el principio de no-intervención es solamente una de las varias bases en que se fundamenta el sistema jurídico interamericano. Aunque dos males no hacen un bien, es lamentablemente cierto que varios países latinos han desatendido sus obligaciones en materia de respeto a derechos humanos y de gobierno representativo. Y esos son principios tan importantes como la no-intervención.

Todas las naciones americanas están obligadas a la defensa colectiva de los derechos individuales en el seno de cualquiera de ellas. Este principio tan avanzado, que restringe el concepto de soberanía en aras de valores más altos, es el que se está tratando de reforzar ahora, aprovechando la experiencia dominicana para proveer a la OEA de una fuerza internacional.

Es cierto que la OEA es un organismo imperfecto. A veces es la suma de las imperfecciones de los gobiernos que la componen. Pero nadie puede dudar de que la Organización es necesaria, como instrumento superior de un sistema jurídico internacional relativamente avanzado; ni de que desarrolla actividades más útiles a nuestros pueblos que al de Estados Unidos; ni de que ha sido efectiva en varias crisis entre nuestros países pequeños.

Si alguien está en deuda con la OEA es Costa Rica. Nuestro país, sin ejército, fue invadido desde Nicaragua en 1948 y en 1955. En ambas ocasiones venció gracias al coraje de sus ciudadanos, más que nada, pero gracias también al sistema de ley que la Organización de Estados Americanos administra.

Es cierto que en la actual crisis dominicana, la acción unilateral de Estados Unidos debilitó gravemente a la Organización y al Sistema, aunque luego los norteamericanos han contribuído mucho a que el organismo salga de la crisis renovado, y más eficaz para la era presente. Pero también es cierto que la OEA hizo lo posible por conjurar la tragedia. Actuó con la relativa rapidéz de un organismo de su naturaleza. Envió una destacada comisión de embajadores a colaborar en la obra de paz. Y tiene aún en Santo Domingo a su Secretario General el Dr. José Mora realizando una labor de patriotismo americano.

He oído decir a los latinoamericanos que la OEA es un instrumento de Estados Unidos. Y he oído decir a los estadounidenses que la OEA es un lugar donde los países pequeños se juntan para oponerse al hermano gigante. Las quejas son recíprocas, del Norte y del Sur; no son unilaterales; Y eso me parece alentador.

No debo terminar este capítulo sobre la OEA sin mencionar la participación destacada que allí tiene el embajador Gonzalo Facio. Para Costa Rica es un orgullo tener un diplomático y jurista que esté contribuyendo tanto a estructurar el Sistema Interamericano.

Aporte de Costa Rica

Hablaré ahora sobre el envío de Guardias Civiles de Costa Rica a formar parte simbólica de las fuerzas armadas o policiales de la OEA. Conozco las críticas que se hacen en Costa Rica, en la República Dominicana y en el resto de América.

Gentes de pensamiento en nuestro país opinan que la acción fué prematura o innecesaria o indeseable. Algunos jefes revolucionarios dominicanos se sintieron lastimados, interpretando que Costa Rica participaba en la invasión de su país, especialmente durante los días en que las fuerzas extranjeras parecían estar del lado de los militares trujillistas. En los demás países se critica nuestra actitud como parte de todo el cuadro intervencionista.

Cómo no reconocer la buena fe, y hasta la razón, de algunas de esas censuras, si se analiza el envío de guardias civiles como un hecho aislado? Sin embargo no hubo un hecho aislado. Y además esta cuestión, como tantas otras, no tiene un solo aspecto; tiene varios.

Comenzaré por advertir dos cosas: Una es, que el gobierno de Costa Rica consultó debidamente los aspectos legales de su decisión, y se siente seguro de no haber infringido la ley; y otra es que el embajador Gonzalo Facio y yo, que actuábamos conjuntamente en Washington, compartimos plenamente con el Poder Ejecutivo de Costa Rica la responsabilidad por el envío de los guardias.

Desde nuestro punto de vista lo que se está haciendo es aprovechar la experiencia dominicana para dar un paso hacia adelante en América. Individualmente y como miembros del Partido Liberación Nacional de Costa Rica, hemos abogado por la protección internacional de los derechos humanos, por la acción colectiva que disminuye las probabilidades de la intervención unilateral, por la creación de fuerzas de paz internacionales como la que se está organizando ahora en la República Dominicana, y en general por un nuevo concepto de soberanía dentro de la ley, que si bien tiene aspectos restrictivos como toda ley, contribuya a mejorar el ambiente en que los pueblos americanos puedan desarrollar dignamente su personalidad.

Dentro de esa concepción de mediano y largo plazo, en el momento en que la OEA pidió fuerzas armadas internacionales para acabar con la acción unilateral, y para buscar el bien de un pueblo hermano, nos pareció que Costa Rica debía ser la primera en concurrir, modestamente, simbólicamente, con un grupo de su magnífica Guardia Civil, y contestar así el llamado de América y de la historia.

Tengo presentes todas las imperfecciones que pueden señalarse a esta acción. Pero lo importante fue sentar el precedente, y marchar hacia adelante.

Con respeto para todas las críticas, las que más me duelen son las dominicanas. Me duelen pero no me ofenden. Las comprendo. Y estoy seguro de que

no pasarán muchos días sin que los nobles revolucionarios comprendan que la Guardia Civil costarricense llegó a su tierra con el espíritu de solidaridad americana con que Máximo Gómez llegó a Cuba en el siglo pasado y con que varios hijos de Santo Domingo llegaron a Costa Rica en 1948.

Fruto de la Crisis

Si surge de esta crisis (como parecía surgir cuando yo salí de Estados Unidos), un gobierno democrático bajo un presidente como Guzmán, nombrado por el Congreso dominicano conforme a la norma constitucional, el triunfo se deberá al sacrificio de los patriotas dominicanos, al espíritu comprensivo de Bosch bajo grandes sufrimientos, a la presencia de la Organización de Estados Americanos, y a la capacidad de rectificar y de prestar colaboración del gobierno de Estados Unidos.

En el momento en que termino de escribir, las noticias no son buenas. Acabo de hablar con don Juan Bosch. Las negociaciones se han atrasado día tras día, una semana, por la intransigencia del General Imbert. Tal vez tengan razón los dominicanos que aseguran que Imbert es un Trujillo. Esto aumenta la obligación moral de Estados Unidos, que lo hicieron presidente de una junta. La responsabilidad que han asumido en esta crisis la deben llevar hasta el final. Este es un momento estelar en la historia americana.

Enfoque de Fondo

La solución de la crisis política, no es más que un paso. Hay que acudir rápidamente a la solución del problema económico. Si no se da de comer al hambriento, ni se da trabajo al desocupado, de poco servirán el gobierno libre, los estudios de "factibilidad" y las proyecciones de largo plazo.

Permítaseme señalar públicamente una deficiencia que he mencionado en conversaciones con los técnicos de los planes de desarrollo, a pesar de que esos planes son el mejor enfoque económico que hemos tenido en la historia de las Américas. Haré esta observación aquí porque la crisis de la República Dominicana es un indicio sangriento de lo que puede pasar en otros países.

Creo que no tiene solidez ningún plan económico para nuestros países si no arranca de estas dos bases: un jornal mínimo agrícola que permita vivir a las masas campesinas, y un precio internacional satisfactorio para los artículos de exportación.

En casi toda América existen leyes de jornales mínimos, pero en pocas partes se aplican. En algunas áreas se incumplen por estar lejos de los centros de autoridad; y en otras porque los precios inestables de los productos no permiten asegurar jornales buenos.

Se dirá que esos fenómenos han existido siempre. Pero hemos llegado a

un punto, con el crecimiento de la población y de las aspiraciones, en que serán inevitables las dificultades graves si no vienen cambios importantes.

En los países industriales no se puede argumentar que sean exagerados los jornales agrícolas de Costa Rica, por ejemplo, que equivalen, en el café y la caña de altura, a \$2.00 diarios, incluyendo beneficios marginales; a \$3.50 en el banano, y un término medio en el cacao. Nosotros podríamos talvez considerar como satisfactorio de momento ese nivel de ingresos familiares, (que es el más alto en la agricultura de América Latina), si hubiera hoy empleo pleno en Costa Rica. Infortunadamente no lo hay.

En la mayoría de las áreas cafeteras de América se pagan jornales que oscilan entre 25 y 75 centavos de dólar por día, que se comperan mal con los \$2.00 de Costa Rica. Y hay zonas bananeras donde el jornal es de 90 centavos oro por día, que es poco más de la tercera parte de los \$3.50 de Costa Rica y otros países centroamericanos. Estas diferencias ponen en dificultades a los países que se adelantan socialmente.

Es imposible exagerar la influencia perniciosa que tienen los bajos niveles de ingreso familiar en la gran base de la población latinoamericana, con un 60 por ciento de trabajadores agrícolas. Impiden el bienestar, la cultura y la salud de los pueblos; dificultan los esfuerzos de mejoramiento, y cierran el mercado interno para el desarrollo industrial. Si no se corrigen, no tardarán en producirse explosiones políticas.

Por otra parte los precios de los productos de exportación, tan influyentes en nuestras economías, están por debajo de lo que podríamos llamar el nivel de desarrollo. Puede entenderse por un precio de desarrollo aquel que permita: pagar jornales que no sean de hambre; cobrar los impuestos necesarios para los servicios públicos; y capitalizar a un ritmo satisfactorio para el desarrollo económico.

En el cacao, un precio de desarrollo podría ser de 40 a 45 centavos de dólar por libra. En el azúcar, de aproximadamente 6 centavos; en el café, de 60 centavos por libra. Todos los precios de hoy están muy por debajo de esos niveles mínimos de desarrollo.

Aún cuando en el café se ha logrado establecer un mecanismo mundial de estabilización para evitar las fuertes fluctuaciones, todavía se sigue, bajo la presión de los países compradores, una política de precios equivocada y pocas veces expresada en público: se procura evitar la superproducción estabilizando el precio a un nivel bajo. Es cierto que conviene evitar la super producción, pero el medio que se emplea es erróneo. La superproducción debe evitarse elevando jornales e impuestos en los países productores, y estableciendo cuotas rígidas de importación en los países consumidores.

Miopia Internacional

Un precio de 60 centavos oro por libra de café (por ejemplo) sería suficiente para pagar al Estado 10 centavos por libra para servicios y desarrollo; pagar a los trabajadores jornales aceptables; crecer en el sector privado a una tasa satisfactoria; industrializar; diversificar nuestros propios recursos económicos y humanos.

Hacer buen uso de los canales naturales de inversión de capital, que son las exportaciones. Aprovechar mejor la capacidad empresarial de nuestros países, que incluye especialmente al pequeño agricultor, y que por el momento está bastante concentrada en los artículos exportables.

Si en la agricultura de Estados Unidos se hubiera tratado de evitar la superproducción manteniendo precios bajos, arruinando al agricultor y al asalariado, la miseria y las tensiones sociales serían hoy males mayores que los defectos frecuentemente señalados a los programas agrícolas, que se basan en precios altos.

Sé que en el campo internacional es aún más difícil que en el interno armar mecanismos económicos que permitan llevar a la práctica estas ideas. Pero más difíciles y más costosas son otras cosas.

La dificultad mayor está en el desconocimiento que existe todavía de los fenómenos económicos mundiales. Ese desconocimiento es la causa de actitudes miopes y suicidas para el desarrollo universal.

Otras Crisis

Temo que la crisis dominicana, se repita, talvez más grande, en otros países hermanos, si no se corrigen fundamentalmente las tendencias. Cuando pienso, por ejemplo, en la situación económica de Colombia; Colombia que siempre ha sido ejemplo de libertad y cultura y recientemente de buena planificación técnica; cuando leo las interpretaciones superficiales que se dan al fenómeno colombiano; cuando oigo que el noble Presidente Valencia tiene tales o cuales debilidades, como se dijo no hace mucho de Juan Bosch para justificar el golpe; cuando noto que se esperan milagros de los presidentes cual si ellos pudieran con sus prendas personales vigorizar el cuerpo de las naciones extenuadas por la anemia económica, me horrorizo.

Pocas gentes observan que la economía colombiana ha perdido en 10 años, como diferencia entre lo que debiera ser un precio de desarrollo y lo que ha recibido efectivamente por su café la suma de 1.500 millones de dólares. Casi nadie nota que en el campo colombiano hay jornales agrícolas que no llegan a 50 centavos de dólar por día.

Por muchos defectos que tenga el cuerpo político colombiano, como los de todos los países, ninguno puede compararse con ese debilitamiento económico

acumulativa, que empeora año con año, como se resecan año con año los tiempos donde la lluvia no alcanza a mantener la vida, y también a convertirse en desiertos.

Hemos entrado a una época de integración en que no puede haber paz social ni estabilidad política sin un reparto justo del ingreso mundial. Ese reparto debe llegar a cada nación y a cada familia.

A Grandes Males...

Yo quisiera terminar este informe con una nota de optimismo. La tragedia dominicana todavía puede tener un desenlace político favorable. Pero quedan demasiadas angustias en Santo Domingo y en América para despreocuparse.

Repito que asistimos al nacimiento de una nueva era en la integración universal. Al culminar un largo proceso evolutivo, la humanidad ahora se integra. Y veo todavía demasiado desconocimiento de lo que está pasando en los países pobres. Veo demasiada tendencia a cambiar el termómetro, o a romperlo, en vez de profundizar en las causas de la temperatura y atacarlos.

La masacre dominicana, tan fácilmente descartada con llamarla comunista, puede ser el comienzo de muchas cosas graves, si no buscamos soluciones de adecuada magnitud. A grandes males, grandes remedios. La ciudad de Santo Domingo, cuna de la presente tragedia, como la ciudad de Selma, cuna de la revolución negra en Estados Unidos, talvez resulte n crisoles donde se pueda fundir una sociedad humana mejor.

Asistí a un seminario económico en Nueva York a principios de la administración Kennedy. Un Banquero ilustre preguntó: Por qué ustedes los latinoamericanos y los miembros liberales del gobierno de Estados Unidos usan con tanta frecuencia el término revolución? Por favor no lo hagan; ese término me asusta" Y yo le contesté: "Señor, si no hacemos grandes cosas a corto plazo, talvez no oiremos mucho tiempo más esa palabra que le asusta a usted. Talvez pronto oiremos en su lugar otra palabra: explosión."

En la crisis dominicana de mayo de 1965 lo que hubo fué eso: explosión.

* * *